

hasta atrás

El hombre que acabó con la URSS

TEXTO: ENRIQUE BERRUGA FILLOY

Faltaban 12 años para que desapareciera la Unión Soviética. Pero, como es comprensible, ninguno de los dos lo sabíamos. Simplemente no había manera. Así que, cada uno por su lado, nos pusimos a estudiar ruso.

La URSS parecía fuerte como un roble. Leonid Brezhnev no era exactamente un modelo de carisma y de ideas excitantes. Pero tampoco Ronald Reagan, su contraparte en la era bipolar, parecía precisamente un gran estratega del ajedrez mundial. Las fuerzas se veían parejas.

Para los diplomáticos era mejor y más seguro abstenerse de escoger. Entre las únicas posibilidades reales de dominio, Estados Unidos y la Unión Soviética, lo más aconsejable resultaba estudiar tanto el inglés como el ruso. Así no habría pierda.

Empezamos, como es natural, con el alfabeto cirílico; muy poco tiempo después nuestro maestro Mikhail Makeev nos enseñaría a tomar vodka, lo que se llama aprender a tomar vodka, al tiempo, seco y de golpe. Después de cuatro años de carrera y todavía sin encontramos a otro ruso con quien pudiéramos practicar el misterioso idioma (que no fuera, por supuesto, el propio Mikhail Makeev), ya medio que mascábamos la intrincada lengua de Tolstoi. Nosotros, inciertos de que en verdad hubiera más de 100 millones de personas que hablaran esa lengua, pensábamos que en vez de aprender ruso, estábamos aprendiendo un idioma inventado por el travieso Makeev.

Pero pasaron un par de años y durante mi estancia estudiantil en Washington descubrí que había otros como yo, que habían estudiado las mismas declinaciones y los mismos casos gramaticales. Quizá pensaban también que no había más opciones que Estados Unidos o la URSS.

Así, una buena tarde, durante una fiesta estilo gringo, de pizzas y vino malo en grandes garrafones, me topé con William, un estudiante de la Universidad de Virginia, buen conversador, que a las pocas de cambio y quizá para singularizarse del resto, me confesó que entre sus muchas habilidades y gracias hablaba el ruso con fluidez. De mi lado, ni corto ni perezoso, le dije que en México también hacía aire y que al igual que él, hablaba la lengua de Dostoyevsky. Los ojos se le inyectaron de incredulidad. Cómo iba a ser que este mexicana hablara algo más que el totonaca como segunda lengua,

debió pensar. Para evitar discusiones me solté de sopetón un *poschemú gavarit tie pa Russkii yasik?* (¿por qué hablas ruso?). Y que se la devuelvo. Desde ese momento, estuvimos jugando al ajedrez en ruso buena parte de la noche. Empezamos a tomar el vino rosado Almadén de California como si fuera vodka, de un solo golpe y sin respirar hasta que coincidimos en que el vodka estaba mejor que esa pócima química que había conseguido el anfitrión de la fiesta.

Con un dejo de tristeza comencé a pensar que tantas horas de estudio de un idioma tan absolutamente distinto al español no habían servido más que para conversar con un gringo bastante insípido en una fiesta bastante mala en el sur de Washington. El gringo debió intuir lo que estaba pensando porque de pronto y de la nada me dijo: Ahora te voy a revelar por qué decidí estudiar el ruso.

Llevo cuatro años –me dijo William– entrenándome para ser agente de la CIA y mi mayor deseo es que me envíen a la estación Moscú o Leningrado. Es ahí, en la primera trinchera, donde mejor pueden defenderse los intereses de Estados Unidos ante la amenaza del comunismo mundial. El sentido del deber patriótico le hacía conmoverse. Y como a mí me producía curiosidad el asunto de los espías, le pregunté qué era lo que exactamente iría a hacer a la URSS. Sin recato alguno me reveló que el primer año se la pasaría escuchando conversaciones telefónicas ajenas, pero que a partir del segundo ya lo mandarían a la calle a infiltrar directamente a la sociedad soviética y a tratar de convencerles de que debían poner fin de una vez a su maligno sistema económico y social. Es decir –me dijo casi al oído– voy a ser un agente encubierto. Por eso quiero hablar el ruso sin acento.

Recuerdo que la carcajada que solté fue tan sonora y estrepitosa que me llevó a sacar parte del vino malo por la nariz. William, el estudiante de ruso, el perfeccionista del idioma de la Universidad de Virginia, era negro.

Pero, quién sabe, a lo mejor fue él quien terminó con la Unión Soviética. •

ENRIQUE BERRUGA FILLOY

Ciudad de México, 1959. Escritor y periodista.
Ex embajador de México en la ONU. Su libro más reciente es *Propiedad ajena*.